

# Páginas Ilustradas

AÑO III

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 88

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

## Medallones Salvadoreños



Señorita Nelly Hunter

Fot. Chávez

San José, Costa Rica — América Central — 1º de abril de 1906

TRADUCCIÓN DE JOSÉ FABIO GARNIER

[Continúa]

Para Páginas Ilustradas

BRAUN.—Por qué?

CAT.—No podría... no puedo explicarme... sin embargo, Juan tiene razón.

BRAUN.—¿Desde cuándo está de tan mal humor?

CAT.—Desde que se habló del bautizo... esto me agradaba á mí... pero, á él, ha servido para robarle la paz de que gozaba. Es cierto que no es más que una formalidad; pero, debía darse á los viejitos un dolor tan grande?... no... era imposible. Piense Ud., dos seres tan devotos y tan afectuosos... En esto hay que darle la razón á Juan, señor Braun

JUAN (*abre la vidriera y les dice*) Muchachos, he sido un poco malcriado... Querédme bien... así como yo os quiero. (*Se va hacia el jardín*).

BRAUN.—Juguetón! (*Pausa*).

CAT.—A veces... me conmueve... (*Pausa*). (*El viejo Vockerat y el pastor Kollin salen del estudio de Juan. El primero tiene 60 años, fuerte y robusto, algo obeso, bastante doblado por la edad, camina con pasos cortos. Alegre, ingenuo, lleno de vida, todo expansión y afecto. El segundo es un viejo de 73 años, usa un gorrito y á menudo aspira tabaco*).

VOCK. (*tiene entre sus manos la derecha del pastor, le habla con voz conmovida*). Gracias, muchas gracias, señor pastor... Gracias por sus amabilidades... Me ha fortificado el alma... sí... (*va hacia Catalina, la besa afectuosamente*). Querida hija mía, Catalina mía, te deseo todo bien y toda felicidad posible en este mundo. El Señor se ha revelado hoy con toda su bondad, sí... con su inmensa bondad (*la besa*). Su gracia es infinita... y tendrá extendida su mano protectora sobre esta casa... (*á Braun*) Permítame, señor Braun, que estreche su mano de amigo. (*Entra Juan, el señor Vockerat se adelanta hacia él*). Ah, hijo mío, también tú... (*se abrazan estrechamente casi riendo por la gran emoción*). Estoy muy contento... mucho... muchísimo. No sé cómo dar gracias al Supremo Señor.

PASTOR (*estrechando la mano á Catalina*). Una vez más, señora, que el cielo os bendiga!

VOCK.—Y ahora, señor pastor, podemos ofrecerle algo? No?... Por qué?

JUAN.—Sí, señor pastor, siquiera una copa de vino. Voy á traer una botella.

PASTOR.—Pero... sin molestarse, se lo suplico, sin molestarse.

JUAN.—Prefiere usted el vino blanco ó quiere...?

PASTOR.—Lo que usted guste. Pero... sin molestarse. (*Juan sale*). Mientras tanto buscaré... (*va á tomar su gabán, su sombrero, su pañuelo grande para el cuello y su bastón que estarán en un guarda-ropa cerca de la puerta que da á la escala*).

VOCK.—Pero no se vaya usted tan pronto.

PASTOR.—Tengo que preparar el sermón para mañana... sin eso permanecería con mucho gusto en tan agradable compañía. (*Braun le ayuda á ponerse el gabán*). Gracias, joven.

CAT.—¿No quiere Ud. honrarnos con su presencia, señor pastor? Es una simple comida de familia...

PASTOR.—Con demasiado gusto, señora Catalina, pero....

VOCK.—Hágalo Ud. por amor á estos sus semejantes.

PASTOR.—Es que..... Es que....., comprendereis.... (*incierto*).

VOCK.—Se lo suplicamos todos al mismo tiempo.

PASTOR.—¿Y la palabra de Dios que debo predicar mañana? (*Juan ha vuelto y sirve vino*).

VOCK. (*toma una copa y se la ofrece al pastor*). Esto....espero que no lo rehusará usted.

PASTOR (*aceptando*). Esto no..... Señores á la salud del cristianito que hemos bautizado hoy (*todos golpean entre sí sus copas*) y que pueda llegar á ser un buen hijo de Dios.

VOCK. (*en voz baja*). Que Dios escuche sus palabras.

JUAN (*ofrece al pastor cigarros*). ¿Fuma Ud., señor pastor?

PASTOR.—Gracias, sí (*toma un cigarro, lo enciende con el fósforo que le ofrece Juan, arroja el humo con fatiga; mirando alrededor suyo*). Teneis una bella casita... bien dispuesta, adornada con gusto (*observa los cuadros, primero de lejos, luego se acerca, delante del cuadro bíblico*). Ah! ah! José vendido por sus hermanos... bello, bello (*murmura satisfecho*).

CAT. (*un poco ansiosa*). Papá, quisiera proponer....en el jardín se debe estar tan bien. ¿Por qué no vas con el señor pastor? Puedo mandar que lleven al jardín las copas de vino.

PASTOR (*viendo los retratos*). Qué buena compañía! Seguramente serán vuestros maestros, señor Juan. ¿No es cierto?

JUAN (*un poco molesto*). Sí.....es decir.....á excepción de Darwin naturalmente.

PASTOR (*fijándose más en los retratos*). Darwin?...Darwin?...Sí, sí..... (*silabeando*). Ernesto Haeckel, es su autógrafo.... (*con ironía*). ¿Este sí ha sido maestro suyo?

JUAN (*con energía*). Sí señor, y me siento orgulloso, señor pastor.

VOCK.—Mi hija tiene razón, querido señor pastor, afuera se está un poco mejor. Si usted gusta podemos ir al jardín....

PASTOR.—Cómo no!.... (*dirigiéndose hacia el fondo con el señor Vockerat*). El hombre, querido señor Vockerat, ya no es el creado á imagen y semejanza de Dios..... La ciencia moderna ha descubierto que se asemeja demasiado al mono....¿qué le parece?... (*salen los dos por la veranda, gesticulan con vivacidad, luego descienden al jardín*).

(*Braun rie*).

JUAN.—¿Por qué ríes?

BRAUN.—¿Yo?... Porque estoy contento.

JUAN.—¿Estás contento?

BRAUN.—Sí.... ¿Es que no puedo estarlo?

JUAN.—No, no es nada...(*se pasea, suspira y dice de improviso á Catalina que quiere alejarse*) Dime; Catita, he estado un poco fuerte con el señor pastor?

CAT.—Sí, un poco.....

JUAN (*alzando los hombros*). Hija mía— yo no tengo la culpa. Siempre no me encuentro de humor para tolerar alusiones. Todo tiene un límite y cuando se proponen provocarme.....

CAT.—Viéndolo bien no merece la pena fijarse en ello.

JUAN.—¿Lo crees tú?

CAT.—El señor pastor no puso atención á tus palabras.

JUAN.—Y sinembargo..... me fastidia.....

BRAUN.—Así, al menos, tendrás un motivo para irritarte.

JUAN (*sin poder contenerse*). Por todos los demonios, dejadme en paz. No quiero que me impulsen porque si llevo á perder la paciencia....

BRAUN.—Veríamos una novedad.

JUAN (*á Braun*). Vosotros sois unos hipócritas y nada más. ¿Por qué no he de decirle la verdad á ese viejo? Mira, cuando me haceis reflexionar sobre estas cosas pierdo el respeto y comprendo que yo tengo la culpa por mezclarme con gente tan vulgar. . . . Hay que ser objetivos, amigo.

BRAUN.—Para la ciencia, talvez; pero en la vida no.

JUAN.—El mundo como ahora está dispuesto me es tan odioso. . . . No puedes imaginártelo (*se pasea*).

BRAUN (*se acerca á la mesa, sacude su cigarrillo sobre la cenicera*). ¿Y á mí? Talvez más que á tí; pero no por eso creo que se deba jurar, gemir y suspirar desde la mañana hasta la noche. ¡Maldita sea!

JUAN (*sonriendo*). No te alteres. ¿Quién es el que gime y jura sin descansar? Eso de suspirar siempre es que se tiene aire en los pulmones. No hay que tomar tan á pecho las cosas. . . . yo no soy tan pesimista como tú, sabes?

BRAUN.—¿Quién sabe!

JUAN.—A veces un poco, no es cierto? . . . Ah! pesimista. . . . Antes de todo, qué significa pesimista? . . . Es verdad, no debía haber gastado mi buen humor y el del viejo pastor.

CAT. (*abrazando á Juan*). No importa, no te preocupes por eso.

JUAN.—Todavía siento el tiempo que he perdido. Hace quince días no adelanta mi estudio.

BRAUN.—Debías tener la franqueza de confesarte que todo no merece. . . .

JUAN (*que no ha entendido*). ¿Qué dices?

BRAUN.—Decía. . . . decía. . . . que cuando ha llovido todo está mojado. . . . que cuando nieva todo está blanco y que. . . .

JUAN.—Bonito discurso!

CAT.—Piensa, Juan, qué felices seremos este invierno con nuestro Luisito! Piensa que entonces podrás trabajar con toda comodidad.

JUAN.—Sí. . . . Sabes, Braun, he terminado el cuarto capítulo.

BRAUN (*sin interés*). ¿Sí?

JUAN.—Mira. . . . (*toma de la biblioteca el manuscrito*). Doce páginas de preparación. Es un buen trabajo, no te parece? . . . Ya verás, ésto hará ruido entre los clericales.

BRAUN.—No hay duda.

JUAN.—Mira, por ejemplo, aquí (*hojea el manuscrito*). . . . aquí te ataco á Dubois Raymond.

BRAUN.—Oye. . . . no leas ahora. . . . Estoy tan poco dispuesto para escuchar una lectura. . . . En otra ocasión.

JUAN (*resignado*). No tengas cuidado. . . . No pensaba lértelo.

CAT.—Y también ya va á ser hora de comida.

JUAN.—Está bien. . . . No pensaba leer. . . . dije aquello por decir algo. . . . (*coloca en su lugar el manuscrito, se nota su contrariedad*).

CAT.—Ya no estás contento, Juan?

JUAN.—Sí, Catalina, estoy siempre satisfecho.

CAT.—Ah, no! Se nota que no es cierto.

JUAN.—Si hubiera en todo el mundo una sola persona que se interesase por mí! . . . No pido otra cosa. . . . Solamente un poco de buena voluntad, un poco de interés para mi estudio que tanto, tanto me ha costado!

CAT.—Muy pronto vendrá el día en que lo conocerán todos.

JUAN.—¿Y hasta entonces? . . . ¿Crees que sea fácil terminarlo así, sin una persona que me anime? . . . ¿Crees que se puedan soportar tantas fatigas así, tan solo?

CAT.—Sí lo creo (*cambiando conversación*). Ven, Juan, vamos á ver á Luisito. Es tan bello cuando duerme! Siempre está así, mira (*imita la posición de los brazos del niño*). Así tiene siempre los puños, cerraditos! Vamos!

JUAN (*á Braun*). ¿Vienes tú también?

BRAUN.—No, Juan, sabes, yo no entiendo nada de muchachos. Voy á pasear por el jardín (*se va por la veranda*).

CAT. (*abre con cuidado la puerta del dormitorio*). Es tan lindo, sss, silencio, sss . . . . poco á poco . . . sin ruido (*se van los dos andando sobre la punta de los pies y teniéndose de las manos*).

(*La señora Vockerat y una criada preparan la mesa. A la criada se le cae una fuente que se rompe en mil pedazos*).

SRA. VOCK.—Pero usted, Francisca, hace lo que quiere. Cada día rompe algo. Y . . . . una mayonesa tan rica! (*la criada se va por la puerta que da á la escala*). En mi casa no suceden estas cosas. Las criadas necesitan que se les enseñe á servir.

JUAN (*atraído por el ruido*). Qué ha pasado, mamá? (*la abraza calmándola*). Nada, nada, no se dé malos ratos.

CAT. (*de la puerta entreabierta*). ¿Qué sucede?

JUAN.—Nada interesante (*Catalina se retira*).

SRA. VOCK.—Gracias por ese nada interesante. Ha roto una magnífica fuente . . . nada . . . nada . . . Y la mayonesa que era de chuparse los dedos.

JUAN (*carriñoso*). Nada tiene, mamá. No comeremos mayonesa.

SRA. VOCK.—Es verdad, ustedes son muy ligeros de cabeza . . . . hacen muchas cortesías á la servidumbre por lo cual estos criados no tienen cuidado de nada en la casa . . . . En mi casa, lo que rompen, lo pagan . . . aquí, no, hacen lo que les da su regalada gana . . . sí, son las ideas nuevas, modernas; pero á mí no me cogen, estoy segura.

JUAN (*alegre*). Qué mamá tan mala! Qué mamá tan mala!

SRA. VOCK.—No es verdad (*lo besa*). Tú eres un terrón de azúcar, tan bueno eres. No has sido hecho para el mundo en que vivimos.

JUAN (*temblando*). De veras, mamá? (*alegre*). Pero por qué me haces esos ojos tan irritados. (*Mientras hablan, la criada recoge la fuente rota y limpia el piso*).

SRA. VOCK.—Yo? . . . . Qué ojos debo hacerte?

JUAN.—Mírame de frente!

SRA. VOCK.—Juguetón! (*lo mira de frente*). Así quisiera verte siempre, quisiera que fueras un hombre feliz.

JUAN.—Será muy difícil . . . . (*serio, un poco conmovido*). Y el chiquitín debe llegar á ser un descontento más.

SRA. VOCK.—Si Dios así lo desea!

JUAN.—Debe ser de otras condiciones, de él me ocuparé yo.

SRA. VOCK.—El hombre propone y Dios dispone. También nosotros hicimos lo posible para que tú no llegarás á ser un descontento.

JUAN.—Mamá, á mí no me parece que sea un descontento, un ingrato con vosotros.

SRA. VOCK.—Ah, no! eso no! . . . . Tú has dicho que Luisito llegaría á ser otro descontento. . . . . Dime, no comprendes que nos hace sufrir eso de . . . . tú no crees en nada . . . ni aun en que hay un buen Dios . . . . La religión te falta.

JUAN.—Religión! . . . . Naturalmente yo no puedo creer que ese Dios es como un hombre, que tiene un hijo y tantas otras cosas . . . . .

SRA. VOCK.—Y sin embargo, Juan, es necesario creerlo.

(Continuará).

## Superficialidad

La intelectualidad costarricense ha llegado sin duda á adquirir algún brillo, pero es un brillo que viene de la superficie, un brillo que proviene de la forma, labor de filigrana en que se entretienen los escritores,—no de las ideas, que, como el oro, se halla en el subsuelo y que sólo se obtiene ahondando, ahondando, labor penosa en que el trabajador ha de poner estudio, esfuerzo, constancia, testarudez, *entélement*, como dicen los franceses.

Tenemos muchos escritores, —decimos mal, porque esa frase no corresponde á nuestra idea ni á la verdad de las cosas: tenemos muchas gentes que escriben, (escritores, muy pocos); en términos tales que el arte de escribir, tan serio, tan respetable, tan difícil, ha llegado á ser entre nosotros algo así como el oficio ruin del trapero. Un mendigo cualquiera de la inteligencia se echa de noche por esas calles de Dios con su garfio indecoroso en la mano, recoge unos cuantos guiñapos, y al siguiente día teje muy campante con esos desperdicios inmundos una gacetilla ó una correspondencia: he allí un *escritor*, á quien otro tal del oficio, es decir, otro trapero, proclama de ahí á poco «estilista.»

A esa situación deplorable ha venido á parar en nuestra tierra el oficio de escribir; pero, en todo caso, no nos dirigimos nosotros ahora, líbrenos Dios, á los traperos de la pluma, porque no queremos que mañana estos pescadores nocturnos se ceben en nuestras pobres carnes con sus garfios indecorosos; lo que, á decir verdad, nos preocuparía grandemente si no fuera que, como los tales no se dan por un real menos, en ningún caso han de creer que á ellos nos referimos; y, á fe, que más vale así, porque, de lo contrario, es seguro que lo pasaríamos muy mal.

¿A quiénes nos dirigimos entonces? Pues nos dirigimos, ello es claro, á los costarricenses que cultivan las letras con algún talento, á los que, en ese noble y agradable ejercicio, han revelado cualidades por las cuales se distinguen de los gacetilleros ramplones, á los que son capaces, si estudian y se esfuerzan, si en ello ponen su amor propio, de producir obras que lleven un contingente, si modesto, á la cultura nacional. Entre los costarricenses que cultivan las letras, algunos han aportado ya su contribución con esfuerzo que merece alabanza y estímulo. A riesgo de omitir algún nombre por esta razón digno de ser anotado, citaremos sólo á Fernández Guardia, á Brenes Mesén, á González Rucavado, á García Monge, á Cardona.

Es, pues, de desearse que el ejemplo de estos costarricenses, jóvenes aún, sea un estímulo vigoroso para los otros conterráneos nuestros que se distinguen como cultivadores de las letras y que tienen facultades y bríos para emprender y llevar á cabo obras de largo aliento y no así como se quiera, sino obras que persigan algún fin útil, obras en que el autor no se dedique á divagar en el vacío, como un pájaro por los espacios cerúleos. Esa labor es tanto más necesaria cuanto que ella haría contrapeso saludable y honroso á la labor de los que con sus lucubraciones sin meollo y sin enjundia están desorientando las inteligencias jóvenes y corrompiendo el gusto. Estudien y laboren nuestros intelectuales de estirpe y no se dejen arrinconar, ¡vive Dios!, por los traperos de la pluma.

Gastón de Silva

(De La Prensa Libre)

¿Cómo habían pasado los hechos? . . . El Juez de instrucción no podía reconstituirlos. Allí estaba el cadáver tendido en el suelo mostrando en la garganta la horrible herida, con la siniestra sonrisa de la muerte.

Era un cuartito coquetón, lleno de esos mil adornos de que se complacen en rodearse las mujeres elegantes. Los sillones, el canapé, las mecedoras, el tapiz y las alfombras parecían convidar al recogimiento, al amor íntimo y tranquilo. Los cuadros, de un erotismo velado, contrastaban con aquel cadáver que tenía impreso en el semblante la huella del terror más profundo.

El Juez meditaba, ordenaba sus apuntes y á pesar de la costumbre de asistir á semejantes espectáculos, apartaba los ojos de los de la muerta, que *eran fijos, inmóviles, muy abiertos*, parecían todavía contemplar, con la mirada fría de ultratumba, la es-

La muerte la había sorprendido al regresar del teatro. Conservaba puesto el elegante traje con que asistiera á la función de gala—sus joyas la adornaban aún.

Su camarera declaró que había regresado sola la noche del crimen y que sin quitarse ni el abrigo ni los guantes, se había sentado á escribir. Y en efecto, se encontraron pedacitos de papel rosado y perfumado cerca del escritorio, pero tan tenues, tan pequeños, que no había podido reconstruirse el todo.

Indudablemente no era el robo el móvil del crimen, puesto que tanto sobre el cadáver, como en los muebles estaban todas las joyas, y en el arca había una fuerte suma de dinero. Además, las ventanas y puertas



cena que precedió á la extinción de la vida.

Era un caso raro, muy raro, misterioso. Juanita X *Nita* por apodo, era una de las más bellas sacerdotizas de la Afrodita, en aquella capital.— ¿Quién era? ¿De dónde venía? . . . Preguntas eran estas á las cuales ninguno de los que la cortejaban hubiera podido contestar. Era bella, muy bella, joven, elegante, rica y amable. Eso era lo que importaba á su corte de adoradores.

amanecieron perfectamente cerradas: y las del saloncito donde, en la mañana de ese día encontró la camarera el cuerpo de su señorita, estaban perfectamente cerradas por dentro.

No se pudo encontrar ninguna huella sospechosa, ni objeto ó rastro alguno que permitiera ponerse sobre la pista del presunto asesino.

Tampoco se trataba de un suicidio, pues ni cerca del cuerpo ni en las habitaciones se encontró instrumento ó arma con que pudiera haberse inferido semejante herida.

La posición supina del cadáver y el terror que quedó estampado sobre el rostro de la víctima, hacían suponer que se trataba de un asesinato.

Por otro lado la falta de lucha demostrada por el orden en que se encontró todo en la habitación, la gran mancha de sangre coagulada en un solo lugar de la alfombra, el hecho de no haberse encontrado en el cuerpo de *Nita* ninguna huella de violencia fuera de aquella ancha herida que casi separó la cabeza del tronco, inducían á sospechar que se trataba de un suicidio.

Y el Juez atraído por las pupilas *fijas é inmóviles* de la muerta, la miraba con ansiedad esperando descubrir en aquel rostro afeado por la muerte, la solución del enigma.

\* \* \*

La prensa habló largamente sobre la misteriosa muerte de *Nita*. La policía fracasó en todas sus pesquisas y el asunto fué olvidándose poco á poco con el trascurso del tiempo.

El Juez, ascendido á Magistrado, era el único que recordaba aquel trágico suceso, y los ojos de la muerta lo perseguían en sus noches de insomnio con su fijeza espantable.

\* \* \*

Pasaron varios años, y una noche, siempre perseguido por la visión aterradora de aquella sombra que parecía implorar venganza, se levantó de la cama, registró una gaveta de su escritorio y sacó de un sobre grande los fragmentos rosados, ya sin perfume, de la carta que se encontró cerca del escritorio de *Nita*.

Impulsado por una fuerza misteriosa, casi sin darse cuenta de lo que hacía, con los movimientos automáticos de un sonámbulo y con la sensación extraña de que alguna persona que estuviera de pie detrás de él le guiara la mano, fué reuniendo los pedazos con maravillosa facilidad.

Una vez terminado ese trabajo leyó con avidez los renglones formados; volvióse luego en su sillón, y vió, *de pie, rígida, con la ancha herida abierta*, la sombra de *Nita*, *con sus grandes ojos horriblemente fijos en los suyos*.

\* \* \*

Al día siguiente encontróse al Magistrado muerto en su sillón— Sobre su escritorio había una carta formada de retazos y por la cual los asombrados parientes supieron que el asesino de *Nita* era el propio hijo del Magistrado.

\* \* \*

Luis, el asesino, era uno de los asiduos visitantes de *Nita*. Por varios motivos, entre los cuales los celos era uno de los principales, habían reñido como tres meses antes del fatal acontecimiento.



La noche en que ocurrió la tragedia, Luis asistía á la representación de gala que se daba en el teatro. Allí vió á Luisa muy cortejada por un joven de quien él estaba sumamente celoso. Arrancó una hoja de papel de su cartera y le escribió algunas palabras que dieron por resultado que Luisa retirara á su cortejante y regresara á su casa.

Luis la había precedido. Como tenía llave de todas las puertas, penetró en el saloncito sin que nadie lo sintiera. Esperó tras un cortinaje la llegada de su víctima. La vió llegar, despachar á su doncella, sentarse á escribir, é impulsado por sus tremendos celos, llegose de puntillas tras la silla de *Nita*, leyó lo que escribía, que era una carta á su rival en que le decía que tenía por su vida, amenazada por los celos de



AVENIDA CENTRAL

Luis, pero que á pesar de todo lo amaba, y que sólo lo había retirado esa noche para evitar un lance, pues Luis le había escrito amenazándola con la muerte.

Este tomó del escritorio un finísimo puñal que le había obsequiado á *Nita* para que lo usara como corta papel.

Sin decir una sola palabra cortó de un solo tajo la garganta de su amada.

Esta cayó sin un grito, y expiró mirando á su asesino.

Luis rompió la carta, enderezó la silla que *Nita* había arrastrado en su caída, y huyendo de los grandes ojos abiertos, fijos é inmóviles de su víctima, cerró la puerta con llave y salió á la calle. Nadie le vió.

LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA

## Poesía impotente

Un poeta joven, que, por ser ambas cosas, siente la fiebre sagrada de notoriedad, nos escribe á sus amigos desde el lejano rincón, haciéndonos partícipes de sus prematuros desalientos:

Ansía «romper el lielo»: es una obsesión en la que peligra el cerebro de jóvenes que, sintiendo mucho, no saben ó no pueden orientarse. Y caen aún en aquella imaginaria *fatalidad* de los románticos, que es el supremo signo del orgullo impotente. La creación entera se complace en urdir tretas y combinaciones para aislarle, para hundirle, para ahogar en su garganta poderosa el grito genial de las grandes dictaduras.

No es cierto. Para consuelo de los que tienen algo que decir, hay que afirmar que la fatalidad es un mito: el mito de los fracasados y los soberbios. Lo que hay son muchos obstáculos y muchas angustias en ese camino del Arte, en que se encuentran tantas realidades impuras mezcladas con tantos sueños deliciosos.

Todo el que tiene que decir su palabra—según Zolá—la dice, y ahí queda como semilla tirada al surco. Ella brotará.

Pudiera decir que mi poeta es legión: una legión entera de jóvenes que mordieron la manzana simbólica en ese jardín público de las Gracias. Mordieron el fruto, pero no gustaron su jugo. Es el bocado satánico que decide de la vida.

El joven pide práctico: no sabe dónde está el puerto. . . . ¿Es que no existe puerto alguno *para él*? Lo ha intentado todo. Ha visto á su Musa con todos los trajes del teatro; la hizo caminar por todos los vericuetos de los gustos y las escuelas; la forzó á la sombra de todos los estilos; y la hundió bajo el peso de todas las retóricas. . . . ¡Qué espantoso trabajo de insinceridad; qué inútil esfuerzo!

La Musa, rendida, agotada antes de empezar su verdadero camino, cae en tierra como cuerpo muerto, coronada con flores de trapo, adornada de ajenas lentejuelas, infecunda, desalentada, sin sentir en los ovarios atrofiados la sensación de ningún germen. Y el poeta llora sobre su Musa muerta, maldiciendo del mundo, al que no deslumbraron los oropeles.

No hay modernismo, ni viejismo, ni sendas, ni atajos en la única vía del Arte y de la gloria. Hay algo inmortal que sobrevive á todos los gustos y á todas las maneras de sentir impuestas en determinadas circunstancias. Las piedras preciosas son verdaderamente preciosas, con exclusión de los vidrios colorados y de las perlas de goma que muchos pueblos toman aún como verdadera riqueza suntuaria.

Las cosas tienen un algo recóndito que no todos perciben, pero que todos sienten cuando alguien, uno lo descubre y señala. Saber llegar á ese *algo*, á esa especie de alma de las cosas á través de la rudeza, de la uniformidad aparente, de las afirmaciones consagradas, de la sustancia admitida, es encontrar el camino de la luz. La luz siempre es gloria.

Pero es que para eso se necesita personalidad: ¡bueno fuera! En el Arte, en las esferas superiores de la vida humana, no se entra en montón. El que llega, llega solo, combatido. . . ¡El montón va detrás!

Y así los que carecen de ese magnífico dón y buscan por caminos trillados, por viejos caminos de prueba, la indicación de su destino, no llegan, no hallan lo que soñaron, porque no responde el órgano á la voluntad.

¿En dónde está el punto de gúfa?, preguntan. En la propia alma. Acaso en la combinación desconocida de la energía universal hecha hombre.

Saber llegar; ese es el secreto. Ver en las cosas algo más que ve el común de las gentes. La personalidad tiene sentidos: la masa.....es posible que no los tenga. Al menos no los sabe usar por cuenta propia. Tiene, no obstante, un sentido confuso de la realidad y un despierto instinto de la belleza. Señaládsela en forma audaz y certera, y la sentirá en el acto: la sentirá siempre. Ese es el triunfo.

No saldrá acaso mi amigo el joven poeta, casi inédito aún y ya agotado, de la penumbra desesperante del querer y no poder. Es discreto, es audaz, es sensible á la impresión de temas gastados y de ideales muertos. Mas no tiene el rasgo personal, el signo de la rebeldía ni la fiebre dominadora de lo recóndito.

Su Musa anémica ha correteado todos los campos: se ha coronado con las flores de cera de los poetas rotundos y con los perejiles de los bucólicos; ha sonado los cascabeles románticos y las castañuelas regionales; hasta ha cantado los himnos de la huelga y la jornada de ocho horas, sin dejar de llorar amores de artificio, imaginarios desdenes y pasiones nunca sentidas.

Lo que no ha encontrado es la garra de león que llega al fondo de las cosas. No sólo llega al fondo de las cosas, sino al fondo de las almas. Allí está la inmortalidad.

¡Cuántos, cuántos así!

JOSÉ NOGALES

---

## *Brumas*.....

*Para Páginas Ilustradas*

Yo he pasado al través de la espesura  
de un bosque de terribles pensamientos,  
y he cruzado arenales de tormentos,  
y mares borrascosos de amargura.

He podido observar, desde una altura,  
un estéril país de sentimientos,  
y he visto, en tenebrosos hundimientos,  
hundirse más de una conciencia pura.

Hoy mi barquilla, con pesar, interno  
en aguas del oscuro escepticismo,  
y entre escollos de duda la gobierno,

al ver que no me engaña un espejismo,  
cuando miro en la niebla de lo eterno,  
dibujarse la boca de un abismo.

ENRIQUE HINE SABORÍO

San José, 27 de marzo de 1906.

## El héroe



Gabriel D'Annunzio

Ya habían salido á la plaza los grandes estandartes de San Gonzalo y se balanceaban pesadamente en el aire, sostenidos por el puño de hercúleos hombres, de curta faz, de robusto cuello, para quienes era un juego llevarlos.

Desde que habían ganado la victoria contra los de Radusa, la población de Mascali celebraba la fiesta de Setiembre con nueva magnificencia. Ardía en las almas maravilloso fervor de devoción. Todo el pueblo consagraba á su patrón las riquezas de la reciente cosecha. Por las calles colgaban, las mujeres, de una á otra ventana las colchas nupciales. Los hombres habían adornado las puertas con verde follaje y alfombrado con flores los umbrales de las puertas. Como soplabla la brisa, había por las calles una inmensa ondulación que deslumbraba y embriagaba á la multitud.

La procesión continuaba saliendo del pórtico de la iglesia y alargándose por la plaza.

Delante del altar donde había caído San Pantaleón, ocho hombres, los privilegiados, esperaban el momento de levantar la estatua de San Gonzalo. Llamábanse Giovanni Curo, El Ummalido, Mattala, Vincenzo Guanno, Rocco di Censo, Benedetto Galante, Biago de Clisci y Giovanni Senza-paura. Estaban de pie, callados, embarazados por la dignidad de sus funciones, con las ideas algo embrolladas en la cabeza. Eran muy robustos: llama fanática les ardía en los ojos; llevaban en las orejas aretes de oro como las mujeres. De cuando en cuando se palpaban muñecas y brazos, como para medir el vigor, ó cambiaban sonrisas á hurtadillas.

La estatua del santo, de bronce hueco, negruzca, con cara y manos de plata, era enorme y pesadísima.

Mattala dijo:

—¿Estamos ya?

A su alrededor se atropellaba la gente para verlos. Las vidrieras de la iglesia resonaban á cada empujón del viento. Llenábase la nave de humo de incienso y de benjuí. Sonaban y callaban alternativamente los sonidos de la música. Entre aquel devoto barullo, una especie de ciega exaltación crecía en el corazón de los ocho hombres. Estaban dispuestos: extendieron los brazos.

Mattala dijo:

—¡Una . . . . Dos . . . . Tres!

Y combinaron los esfuerzos para levantar del altar la estatua de santo. Pero el peso era excesivo y la estatua estuvo á punto de desplomarse hacia la izquierda. No habían podido los hombres disponer aún sus manos alrede-

dor de la base de modo que la cogieran con solidez. Hacían esfuerzos para resistir, pero Biagio de Clisci y Giovanni Curo, menos diestros, se soltaron, y la estatua se inclinó violentamente hacia ellos. Ummalido lanzó un grito.

—¡Cuidado, cuidado!—voceaba en derredor la muchedumbre, viendo al santo en peligro.

El estrépito que había en la plaza no permitía oír las voces.

Ummalido había caído de rodillas, con la mano cogida debajo del bronce. En aquella postura, sin levantarse, tenía la mirada fija en la mano cautiva, dilatados los ojos, llenos de dolor y de espanto, pero ya no gritaba. Algunas gotas de sangre habían salpicado el altar.

Por segunda vez se esforzaron todos los compañeros para levantar á un tiempo la enorme masa. Pero no era fácil. Angustiado por el tormento, torcía el Ummalido la boca, y las mujeres se estremecían al verle.

Por fin se consiguió levantar la estatua y el Ummalido pudo sacar la mano, triturada, sangrienta, sin forma.

—¡Vete á tu casa! ¡Vete á tu casa!—le gritaban, empujándole hacia la puerta de la iglesia.

Una mujer se quitó el delantal y se lo ofreció para venda. El Ummalido no lo quiso; nada decía; miraba un grupo de hombres que estaban gesticulando y disputando junto á la estatua.

—¡A mí me toca!

—¡No, á mí!

—¡No, no, que es á mí!

Cicco Ponno, Mattia Scafaroia y Tommaso de Clisci se peleaban por sustituir á Ummalido en la función de cargar con el santo.

El Ummalido se acercó á los hombres que disputaban. Colgábale á un lado la rota mano, y se abría paso con la otra.

Dijo sencillamente:

—El sitio es mío.

Y adelantó el hombro izquierdo para sostener al patrón de la parroquia. Apretaba los dientes, reprimiendo el dolor con enérgica voluntad.

Mattala le preguntó:

—¿Qué vas á hacer?

—Lo que quiera San Gonzalo.

Y echó andar con los demás.

La gente le miraba pasar, estupefacta.

A cada momento, al ver la herida goteando sangre y ennegrecida ya, alguno le preguntaba al pasar:

—¿Qué tienes, Ummalido?

Nada contestaba. Iba hacia adelante, con gravedad, midiendo el paso al compás de la música, algo confusas las ideas, bajo las anchas colchas que balanceaba el viento, entre el gentío más compacto cada vez.

De pronto, en una encrucijada se cayó. El santo se detuvo un momento. Osciló en medio de momentánea confusión y después siguió adelante. Mattia Scafaroia ocupó el lugar vacío. Dos parientes levantaron al hombre desmayado y le llevaron á una casa cercana.

Ana de Ceuzo, vieja ducha en el arte de cuidar heridas, miró el miembro informe y ensangrentado: después sacudió la cabeza.

—Nada puede hacerse—dijo.

Su arte no le ofrecía ningún recurso en aquel momento.

El Ummalido, que acababa de recobrar el conocimiento, no abrió la boca. Contemplaba su herida, sentado tranquilamente. La mano colgaba, triturados los huesos, perdida sin remedio.

Dos ó tres aldeanos viejos fueron á ver al herido. Cada uno, de palabra ó por señas, expresó igual parecer.

El Ummalido preguntó:

—¿Quién ha llevado el santo?

Le contestaron:

—Mattia Scafarola.

Volvíó á preguntar:

—¿Qué hacen ahora?

—Cantan las vísperas con música.

Los aldeanos se despidieron y se fueron á las vísperas. Se oía repicar mucho en la parroquia.

Un pariente puso al lado del herido un cubo de agua fresca y le dijo:

—Mete ahí la mano; luego volveremos, que vamos á oír las vísperas.

El Ummalido quedó solo. Cada vez repicaban más recio las campanas. La luz del día iba menguando. Sacudido por el viento, un olivo daba con las ramas en una ventana baja.

El Ummalido, sentado, empezó á sumergir la mano poco á poco.— A medida que se limpiaba de sangre y de cuajarones, parecía más horroroso el desastre.

El Ummalido dijo para sí:

—Todo es inútil. Pierdo la mano. San Gonzalo, te la ofrezco.

Cogió un cuchillo y salió de casa. Como todo el mundo estaba en la iglesia, no había un alma en las calles. Por encima de los tejados corrían las nubes moradas de los crepúsculos de Setiembre, nubes que remedan figuras de animales.

En la iglesia, al sonido de los instrumentos, la multitud amontonada cantaba en coro á intervalos regulares. Intenso calor brotaba de los cuerpos humanos y de las llamas de los cirios. La cabeza de plata de San Gonzalo centelleaba en alto como un faro.

El Ummalido entró. En medio del general asombro, se encaminó al altar. Dijo, con clara voz, con el cuchillo en la mano izquierda:

—San Gonzalo, te la ofrezco.

Y empezó á cortar la muñeca derecha, despacio, á la vista de todo el pueblo, trémulo de horror. Poco á poco se desprendía la mano informe entre oleadas de sangre. Quedó un segundo colgando de las últimas fibras; cayó después en la bandeja de cobre colocada á los pies del santo para recoger los donativos en metálico.

Entonces el Ummalido levantó el muñón ensangrentado y repitió con clara voz:

—San Gonzalo, te la ofrezco.

GABRIEL D'ANNUNZIO

# Testamento

(Del Francés)

Te dejo, querido amigo,  
la estampa que está en mi cuarto,  
aquella que tú decías  
que era casi mi retrato.

Un rizo de mis cabellos,  
y con él, para guardarlo,  
el medallón que tenía  
al cuello siempre colgado.

Mi traje de muselina,  
el que te gustaba tanto  
y mi sombrilla rosada,  
y mis zapatos de raso.

Te dejo, querido amigo,  
mis guantes y mi rosario,  
mi mantellina de seda,  
y mis cintas y mis lazos.

El anillo que sellaba  
nuestro compromiso santo:  
y mi tumba con la flores  
que le nazcan por acaso.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO



## Lied

Amé á una niña de ojos de cielo,  
pura cual brisa del platanal,  
y aquella niña tornó su vuelo  
á la morada de lo inmortal.

Dejar yo quise grata memoria,  
lauros de poeta mi sien ciñó;  
pero punzante fué aquella gloria,  
y como el humo se dispó.

Vivir queriendo sólo entre flores,  
en el retiro mi bien busqué;  
pero el recuerdo de mis amores  
como una espina, conmigo fué!

Sólo un camino me abre la suerte,  
sólo una estrella me da su luz;  
y es el camino que guía á la muerte,  
y es esa estrella la de la cruz!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA

## Las manos

¡Oh suaves manos, manos femeninas!  
os amo porque sois mis bienhechoras,  
desde la cuna hasta las negras horas  
en que siento las zarpas masculinas.  
¡Oh, suaves manos, manos femeninas!

Las de mi tierna madre eran divinas,  
las de mi dulce hermana, encantadoras,  
y más tarde aún gocé con las traidoras  
que enterraron en mí sus uñas finas.  
¡Oh, suaves manos, manos femeninas!

Quando lloré, secó mi llanto alguna;  
siempre una diestra de mujer, piadosa,  
me brinda un bien: hoy es la de mi esposa  
la que en mi huerto poda las espinas.

Mi vida avance con igual fortuna;  
peine mi niña mi cabeza cana,  
y que cerréis mis párpados mañana,  
¡Oh, suaves manos, manos femeninas!

MANUEL S. PICHARDO

## Observaciones

Para Páginas Ilustradas

Hace cerca de 34 años (en 1872) que guardo las observaciones meteorológicas hechas en Puntarenas, de agosto á diciembre, en la casa de comercio de que fuí representante: cuatro observaciones constantes en el día de un termómetro en el alto de la casa, me dan un promedio para ese tiempo de  $28^{\circ}$ , 28; en San José se publicaban unas observaciones del señor Maison, en sólo tres horas, que dan un término medio (un poco elevado, á mi juicio) de  $20^{\circ}$ , 51 aquí. De esto se deduce que la temperatura habría variado de un punto á otro á razón de 150,44 metros de altura por  $1^{\circ}$  C, mientras que de las ascensiones aerostáticas de M. Glaisher se ha deducido 160 metros para alturas de 1,000 á 2,000 y 76 para los de 0 á 1,000.

De 11 observaciones directas bien contrastadas que escogí de 25 que hice, horarias, en la isla Uvita á fines de julio de 1898 para averiguar la altura de San José, encontré que la variación era, entre ambos lugares, á razón de 253,31 metros por  $1^{\circ}$  C.

Con sólo cuatro de las anotaciones que á principios de este mes hice, de la temperatura al aire libre en Cartago, noto que de allí á la capital, hubo una diferencia media de 88,26 metros por  $1^{\circ}$  C.

Con el deseo de ensanchar ese estudio, me fijé en un importante artículo de "Páginas Ilustradas" n<sup>o</sup> 79. Comparo el cuadro de temperaturas máximas y mínimas de los días 20, 21 y 22 con las del observatorio de San José, de la manera siguiente:

	POÁS			—	SAN JOSÉ		
Día 20.	M. $15^{\circ}$ , 8;	m. $6^{\circ}$ , 8;	T. M. $11^{\circ}$ , 3;	M. $29^{\circ}$ , 3;	m. $17^{\circ}$ , 9;	T. M. $18^{\circ}$ , 6.	
„ 21.	$20^{\circ}$ , 75;	7, 4;	14, 08;	25, 9;	14, 0;	19, 95.	
„ 22.	$21^{\circ}$ , 10;	6, 1;	13, 60;	27, 6;	15, 2;	21, 4.	

Y de aquí deduzco que la temperatura ha variado, por término medio, 82,1767 metros por  $1^{\circ}$  C. entre el volcán y la capital. Para llegar á esta conclusión, me encontré con la dificultad de que entre otras determinaciones hay las de una antigua carta marítima inglesa y el mapa de Friederichsen que señalan 2,711 metros para la altura del volcán, mientras que el señor Pittier da 2,678 para el punto culminante y 2,598 para la laguna fría que en la publicación de que me ocupó señala D. Alberto Rudín á 2,726 metros. Para salir de esa duda y no conociendo yo el volcán, hice una triangulación con una base de cerca de 12 kilómetros sobre el pico Este que desde la azotea del observatorio se divisa á 33,190 metros al N.  $29^{\circ}$  50' 28", 3 W. astronómico y encuentro por el ángulo de altura, hecha la corrección de refracción y esfericidad, que ese pico del Poás está á 2725,41 metros sobre el nivel del mar, determinación de que me he valido para el anterior cálculo.

Con el teodolito en la misma posición que lo tenía para ver el Poás, dirigí la visual al pico central del volcán Barba, que hallo á 22394,5 metros al N.  $7^{\circ}$  6' 28", 3 W. verdadero del observatorio y á 2967,19 metros de altura y no 2,869 que da el señor Pittier, quien da también 1,191 para la iglesia de Aserrí, cuando yo encuentro por la triangulación que el techo de esa iglesia está á 1317,46 metros de altura.

P. N. GUTIÉRREZ



# ROBERT HERMANOS

SAN JOSE  
APARTADO 196



## GRAN ALMACÉN DE ROPA HECHA

**NOTA:** *a nuestros clientes de Provincias, enviaremos cualquier artículo **LIBRE de PORTE** siempre que la orden venga acompañada de su valor.*

# PALACE HOTEL

Frank R. Maduro, Administrador.

El mejor hotel de Costa Rica instalado al Plan Americano con cuartos elegantemente amueblados y con un Restaurant de primer orden.

The only first class hotel in Costa Rica, installed on the American Plan, with elegant and modern accommodations and a First class Restaurant.

# “BAZAR DE SAN JOSÉ”

J. R. MATA



J. R. MATA

SAN JOSE

## Gran Almacén de Muebles

SAN JOSE

J. R. MATA



J. R. MATA

# VISTAS de Costa Rica

**25**  
CENTIMOS  
CADA  
UNA

POR AMANDO CESPEDES M.,  
*Artista Fotógrafo.*

60 VISTAS  
DE  
SAN JOSE

PRIMERA  
EDICIÓN

De venta en la "Educación"  
Librería de M. V. Blanco.  
San José.

*Para Regalos.*

## PAYNTER BROS ART GALLERY

FRENTE AL PARQUE CENTRAL, SAN JOSÉ

Reproducciones de FOTOGRAFÍAS en Copias, Botones,  
Prendedores, Mancuernillas, etc.

CONSERVAMOS NEGATIVOS DESDE HACE 30 AÑOS

RETRATOS AL CRAYON

ORDENES POR CORREO  
Apartado No. 185.

## JUAN ROJAS H.

ALMACEN Y TIENDA DE NOVEDADES

Frente al Banco de Costa Rica. San José

Completo y variado surtido de artículos de moda tanto  
para señoras como para caballeros.

Z  
A  
P  
A  
T  
E  
R  
I  
A

P  
A  
S  
T  
O  
R



TRABAJO FINO  
COSIDO Y CLAVADO

A LA MEDIDA

SAN JOSÉ

CERCA DEL CORREO  
CERCA DE LA ARTILLERIA  
CERCA DE LA PRENSA LIBRE

SANTOS PASTOR

# FOTOGRAFIA "RUDD"

**B**UENO  
ONITO  
ARATO

Cerca del Banco Anglo  
Cerca del Teatro Nacional  
Cerca del Tranvía

## BOTICA NUEVA

de SAN JOSÉ



*DE MARIANO JIMÉNEZ R.*

AVENIDA CENTRAL ESTE  
Y CALLE 3ª NORTE



LA BOTICA QUE HA DADO FAMA A SU PROPIETARIO

## KODAKS

CON  
TODOS SUS  
ACCESORIOS

ORDENES POR CORREO

SURTIDO

RENCVADO

SEMANALMENTE

Cigarrería "El Progreso"

— SAN JOSÉ —

FED. MORA C. AGENTE EXCLUSIVO PARA COSTA RICA



# NUEVA OFICINA

Los negocios de los señores *F. & J. Meyer*, de Nueva York, de quienes soy Representante en Costa Rica, y del *Aserradero del Mojón*, serán atendidas desde hoy en la oficina que he abierto en la Avenida Central, Este, N° 260, (frente á la casa de habitación de don Juan Rafael Mata), donde podrá vérseme de 8 á 10 a. m.; en otras horas (11 ½ a. m. á 4 ½ p. m.) estará encargado de la oficina mi hermano don ALONSO PÉREZ CALVO, con quien podrán entenderse los clientes de la citada casa comisionista y del Aserradero del Mojón.

Marco Tulio Pérez

*San José, 17 de marzo de 1906.*

## UNA NUEVA IDEA



Si usted nos pide nuestro Catálogo profusamente ilustrado, usted ordenará la mercancía por **correo** y nosotros le enviaremos de seguida **libre de porte** todo lo que usted quiera,

LA DEMOCRACIA  
"ARTAVIA"

APARTADO 179

SAN JOSÉ

## VARIEDADES

tista tiene solamente diez y nueve años y ha conquistado una gran reputación en Francia e Inglaterra. Apareció ante el público á la edad de cuatro años, y desde entonces fué considerado como un prodigio. Aun á esa edad mostró genio notable para improvisar.

—  
EL ALCOHOL.—Un médico americano ha descubierto el hecho más extraordinario acerca de sus estudios sobre el alcoholismo.

Después de las observaciones más cuidadosas, ha encontrado que la inclinación á la bebida viene siempre acompañada de defectos de la vista. Ha encontrado miles de alcohólicos y no ha encontrado hasta ahora ninguno que tenga la vista sana. Conforme á este descubrimiento, el Doctor se ha dedicado á curar los trastornos visuales, y dice que cada vez que ha podido sanar los ojos de los alcohólicos, ha visto desaparecer en ellos la atición á la bebida.

—  
PARA LOS DIPLOMÁTICOS.—El Congreso de los Estados Unidos ha dado su voto afirmativo al proyecto de destinar una suma no mayor de \$ 5,000,000 para la compra y equipo de edificios destinados á las Legaciones de este país en las principales capitales de Europa.

—  
PRODUCCIÓN DE ORO.—Durante el año de 1905 la producción total de las minas de oro en el mundo, representa un valor de \$ 380,000,000.

### A QUIEN YO SE

Yo sé un poema que solloza y canta,  
un poema de amor y de amargura;  
plácido como fuente que murmura,  
solemne como un sol que se levanta.

Es como nota que vibrando muere  
y sigue resonando en la memoria;  
tienen cantos que gritan: gloria, gloria!  
y cantos que responden: miserere!

He querido olvidarlo y no he podido,  
he querido arrojarlo de mi mente,  
pero él sigue diciendo tristemente:  
la pasión es más fuerte que el olvido!

CARL BOSTI

### Curiosidades de la Argentina

Es la nación que exporta más ganado.  
—Después de Rusia, es el país que produce más trigo.

—Su capital es la ciudad más grande del mundo donde se habla español.

—Tiene la marina más numerosa de Hispano-América.

—Después de los Estados Unidos, no hay en América otro país que exporte más, superando el valor de sus productos exportados á los de China y el Japón.

—No hay allí gente descalza, lo mismo que en Cuba y Uruguay.

—Todos saben leer y escribir.

—La capital es la segunda de la raza latina.

—Es la que tiene en Hispano-América mejor organizada su caballería.

—Su estadística es la mejor de Sud-América.

—Es el país que tiene más gente blanca, después de Estados Unidos.

—Buenos Aires es el segundo puerto de América por el movimiento de buques.

—El que tiene más periódicos en la América latina, sobre todo en italiano y alemán.

—El único que tiene vapores correos diarios con Europa.

### Medio milagroso de recobrar la vista

Da el *Standard*, de Londres, cuenta de un milagroso modo de recobrar la vista ocurrido hace pocos días en Northampton en la persona de cierto señor Jorge Vaughan, que después de haber estado durante diez meses completamente ciego, tropezó y dió contra el canto de una pilastra, cayendo, por efecto del golpe, sin sentido en el suelo.

Al recobrar el conocimiento observó Mr. Vaughan con sorpresa y sobre todo con delicia, que podía ver lo que pasaba en la calle en donde tuvo el accidente. Apresuróse pues á entrar en una farmacia, en la cual se le dió una loción medicinal en los ojos, resultando que tiene ahora la vista tan buena y fina como antes de sucederle la desgracia de quedarse ciego.

# VARIEDADES

## Estreno del drama Scarrón de Cátulo Mendez

No hagan ustedes caso de los bombos de la prensa parisiense. Aquí también se cuecen habas. La benevolencia de la crítica teatral, ha llegado á todo lo increíble. ¡ Con qué facilidad se califica de excelente lo que no vale un comino! Dígalo el Scarrón, de Cátulo Mendez, estrenado hace noches en *La Gaité*. ¡ Cinco actos en verso, la mayor parte dichos por un paralítico clavado á una butaca!

Primero, la nariz de Cyrano que podía rivalizar con la nariz postiza del escudero del Caballero del Bosque, la cual según Cervantes, "era tan grande que le hacía sombra á todo el cuerpo." Ahora, la joroba de Scarrón, el ingenioso autor de *Le roman comique*.

Confieso que ni la *trompa* del uno ni la corcova del otro, me han producido la más ligera emoción.

Cátulo Mendez, buen poeta lírico, á veces buen novelista, carece á mi ver, de facultades dramáticas. Su Scarrón es una lata soporífera. Prefiero pasar la noche viendo las pieles rojas de Búffalo Bill, el famoso capitán americano que acaba de llegar á París con su *troupe*.

### FRAY CANDIL

**AMBICIÓN FEMENINA.**—Marshall Field, el multimillonario de Chicago, muerto hace poco en Nueva York, dejó una herencia de más de \$ 100,000,000; según lo afirman quienes alcanzan á comprender la magnitud de tales cifras, de la colosal fortuna, corresponden á su hija, Ethel Beattle, sencillamente \$ 8,000,000, en dinero contante y sonante; y aun cuando tal bicoca haría la boca agua á media prole de Adán, la citada dama no parece estar satisfecha con el legado, por ser éste insuficiente para atender al gasto de alfileres. Hay por consiguiente, un pleito en ciernes; y en este caso, como es de ordenanza, los abogados están hechos unas pascuas alabando la inconformidad de la señora Beattle.

EN BOSTON ha tenido lugar un duelo tan original como bárbaro entre dos "hombres" de "bronce." Cada uno de los adversarios iba provisto de cinco cartuchos de dinamita, que habían de hacer explotar el uno contra el otro. Bastantes curiosos "ó lo que fueren" y los testigos del duelo, lo presenciaron encaramados en las copas de los árboles.

Los adversarios se arrojaron dos cartuchos de dinamita sin resultado. Al tercero los testigos descendieron á la tierra porque les "pareció que había ocurrido algo" y encontraron el cuerpo de uno de los combatientes sin vida; el otro había desaparecido hecho polvo.

**HASTA EN EL ALTAR.**—La señorita Una Dell Berry, de West Lafayette, Indiana, ha sido ordenada sacerdote de uno de los templos cristianos de la localidad. Esta iglesia pertenece al rito episcopal, que no acepta el sacramento de la Penitencia, que si lo aceptara, qué pocos penitentes del sexo opuesto vería hincados ante el confesonario! . . . . .

**YA ES DINERO.**—El costo total del sostenimiento de la marina americana desde 1883 hasta la fecha, ha sido de . . . \$ 1,040 449,011-79.

LA mano izquierda del progreso se denomina fuerza, la mano derecha se denomina espíritu.

El progreso es el gran hilo misterioso del laberinto humano.—VÍCTOR HUGO.

EN Roma, sobre la tumba de dos esposos, se leía la inscripción siguiente:

"Pasajero, detente á ver esta maravilla! Un hombre y su mujer que no discuten."

DE oro es el vaso,  
donde yo bebo  
algunas veces néctar  
y otras veneno.

M. DEL PALACIO.